

ELOGIO DE LA VIDA SENCILLA

Praise of the simply Life

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez

Universidad Europea Miguel de Cervantes

edukobain@gmail.com

Resumen:

En este artículo se presenta un proyecto de Ética para la vida urbana que consta de dos dimensiones: una teórica, de análisis de los problemas que acontecen en los espacios urbanos y de proposición de fundamentos morales para su resolución, y una segunda dimensión práctica para el diseño de planes urbanísticos. Se trata de un proyecto interdisciplinar centrado en la colaboración de la ciudadanía. En el artículo se justifica la necesidad del proyecto, se señalan las implicaciones morales de los problemas urbanos, y se propone un conjunto de principios, valores y virtudes que constituyen la Ética para la vida urbana.

Palabras clave: Ética, Grandes ciudades, Sociología, Urbanismo, Serenidad.

Abstract:

This article presents an Ethics project for urban life that consists of two dimensions: a theoretical, of analysis of the problems that occur in urban spaces and the proposition of moral foundations for their resolution, and a second practical dimension for the design of urban plans. It is an interdisciplinary project focused on the collaboration of citizens. The article justifies the need for the project, points out the moral implications of urban problems, and proposes a set of principles, values and virtues that constitute Ethics for urban life.

Key words: Ethics, Big Cities, Sociology, Urbanism, Serenity.

Plan y motivo del artículo

En 1950 la población urbana mundial era de setecientos cincuenta millones. Desde comienzos del nuevo siglo, esta cifra ha aumentado a más de tres mil millones. Se estima que para 2030 la demografía urbana mundial supere el 60%, y el 70% para 2050¹. Desde finales del siglo XVIII los entornos urbanos han sido escenario de grandes revoluciones políticas y sociales con las que las naciones occidentales han alumbrado un nuevo régimen que hizo saltar por los aires los corsés estamentales, instaurando una nueva realidad política. Ha sido también en las ciudades donde emergieron las primeras fábricas industriales y la gran masa de trabajadores que las hacían funcionar, con los consiguientes módulos de viviendas, redes de comunicación y transporte, alcantarillado... Los avances acontecidos en entornos urbanos durante los siglos XIX y XX crearon la imagen de la ciudad como sede del progreso, la civilización y la libertad (*Stadtluft macht frei*). De esta manera, entornos urbanos son el verdadero hogar de los seres humanos, contexto donde los individuos pueden realizar, con la inestimable compañía de *los otros*, el objetivo de la vida feliz o del buen vivir. Pero también son lugares complejos, ambiguos y contradictorios; pasado, presente y futuro de la humanidad, pero también un gravísimo problema para la vida humana *buena*.

Aquí es donde reside la importancia que los entornos urbanos tienen actualmente para la Filosofía moral, hasta el punto de que pienso oportuno discutir si la Ética para la vida urbana no es ya una parte imprescindible de la Ética aplicada; tanto porque es un problema para la vida feliz como porque amerita la adopción de nuevos estilos de vida. La ciudad es un problema filosófico, el desafío más importante al que se enfrenta y enfrentará la humanidad durante el siglo XXI. No quiere esto decir que el resto de desafíos sean menos importantes. Muy al contrario, el cambio climático, la desigualdad entre países ricos y pobres y entre clases, la crisis de inmigración, el empobrecimiento energético, la violencia social, la segregación étnica, la soledad, el individualismo, la pérdida de lazos sociales, etc., desafíos muy urgentes y que pueden modificar radicalmente nuestros modos de vida, de pensamiento y de socialización, están supeditados al problema urbano. El problema urbano es el reto moral de nuestro presente porque amenaza con la destrucción de

¹ <https://unstats.un.org/sdgs/report/2019/goal-11/> (acceso 09/06/2022).

las connotaciones ético-políticas del concepto sociológico de comunidad², y dificulta el objetivo del bienestar humano.

El objetivo es articular una práctica interdisciplinar para la transformación de los entornos urbanos tomando como base una teoría moral sobre el buen vivir. Colaboración interdisciplinar porque los problemas que dificultan una vida urbana digna involucran categorías científicas muy diversas. La pretensión del proyecto es analizar los problemas inter-categoriales que tienen lugar en los espacios urbanos para guiar futuras líneas de investigación y ofrecer criterios de actuación urbanística. Los problemas urbanos no son problemas exclusivamente políticos, económicos o sociológicos; presentan una complejidad tal que solamente pueden ser analizados y resueltos distinguiendo los distintos planos categoriales que en ellos confluyen, y armando una colaboración interdisciplinar de la misma complejidad. Sin embargo, la colaboración de todas esas disciplinas no surtirá el efecto esperado si no se levanta sobre unas bases sólidas, que a mi juicio no pueden ser sino filosóficas, morales. Además, no basta con transformar los espacios urbanos; se requiere también de la transformación del modo de vida urbano, de la conciencia moral urbana.

La Ética de la vida urbana es el núcleo para una práctica interdisciplinar de transformación de los entornos urbanos que cuente con la participación ciudadana, porque partimos del principio de que el urbanita necesita tanto del urbanista como al contrario. Lo que se pretende es dotar a la ciudadanía de principios y valores para una nueva conciencia moral urbana más cívica, comprometida y solidaria; contra el imperio de la *Gesellschaft*, más *Gemeinschaft*. Se trata de que los entornos urbanos sean lo que deben ser, lugares donde los seres humanos puedan vivir bien, con-vivir bien, ser felices.

Antes de continuar conviene una aclaración. Aquí hablamos de Ética para la vida urbana, en contraposición por ejemplo a la *Ética para la ciudad* de Richard Sennett. Sin perjuicio de que los fenómenos y acontecimientos que estudiaremos tienen lugar en las grandes ciudades modernas, reconocemos la necesidad, ya declarada en la década de los noventa, de distinguir «lo urbano» de «la ciudad»³. Hoy, nuevas

² La aproximación sociológica de este trabajo parte de la dialéctica *Gemeinschaft-Gesellschaft* de Tönnies. Sin olvidar que hablamos de tipos ideales y no de realidades fenoménicas, sostendremos que actualmente la *Gesellschaft* ha superado a la *Gemeinschaft*, aun cuando todavía exista la posibilidad de reintroducirla en ciertos grupos urbanos. Esta es la conexión que encontramos entre la Sociología, el Urbanismo y la Ética: hacia la restauración de los valores comunitarios en el entorno urbano *societal*.

³ La necesidad de este cambio conceptual se explica, a mi juicio, por el cambio de paradigma político que se produce a comienzos de esa década, con la caída del muro de Berlín,

realidades urbanas como las áreas metropolitanas, las «ciudades difusas», las megalópolis o las postmegalópolis (Soja, 2004: 92) anulan la dialéctica campo-ciudad en un ejercicio de *catábasis* (Bueno, 1995). El problema, del que surge la «[necesidad] de pensar lo urbano» (Choay, 2004: 71), es que la superación del campo por la ciudad significa la disolución misma de la ciudad; en su expansión hegemónica, la ciudad ha desdibujado sus límites físicos y administrativos.

Vivir y con-vivir. Lo urbano como reto *moral*

Existe una intrínseca relación entre Ética, Política, Sociología y Urbanismo que emplearemos como punto de partida del proyecto. Una relación que por supuesto no está exenta de polémica, una relación dialéctica y compleja.

A juicio de Sócrates, la pregunta clave de la Filosofía moral es la pregunta por el buen vivir o el vivir-bien, aquello que Aristóteles definirá como *eudaimonia* y que ya en Sócrates está inapelablemente unido a la *polis*: ¿Cómo debo actuar, en convivencia con mis con-ciudadanos y con-ciudadanas, para vivir bien? Sócrates, ciudadano ilustre, desatendió sus propios asuntos para ocuparse de los asuntos de los demás, de la res-publica como la comprenderá Cicerón, entendiendo que tal es la misión del filósofo moral. Y Platón, que de su maestro heredó el interés por las cuestiones morales (por entonces indisociables de las sociológicas y antropológicas), consagró su vida filosófica a la resolución del problema de la *polis* ateniense. Reconoció incluso que para la transformación de la conciencia ciudadana era necesaria la transformación del territorio urbano.

El pensamiento moral nace con el objetivo de ordenar la vida social del ser humano, de dotar a los individuos, grupos y sociedades de un conjunto de máximas tendentes a la buena vida en comunidad. La preocupación moral es la preocupación por la vida en la *polis* (entendida por Aristóteles como el lugar que le es natural al ser humano, según la tesis del *zoon politikon*), porque la vida en la *polis* es la verdadera vida humana, el lugar donde ser felices. Ética y Política son, en el pensamiento griego clásico, una y la misma cosa. Es más, el término *êthos*, del que deriva nuestro «ética» y que Aristóteles traduce como modo de ser o carácter, ese *êthos* que Cicerón traducirá como *mores* para significar las costumbres y hábitos de una comunidad, significa también morada, lugar de residencia. Reconocemos de nuevo la

la disolución de la URSS, y la quiebra definitiva de la «política de bloques» que da a luz una situación de cooperación internacional. Puesto que territorio y poder político han ido siempre de la mano, la superación del modelo westfaliano en Política se traduce en Urbanismo como superación del ideal weberiano de la ciudad-Estado.

intrínseca relación existente entre la Filosofía moral y la vida en comunidad. Hablamos de dos conceptos conjugados en una relación teórico-práctica: reflexión sistemática sobre *lo bueno* para contribuir al desarrollo de una comunidad donde la vida *buena* sea posible.

Platón cuando escribe *República*, Kant cuando habla sobre el «primado de la razón práctica», Marx al denunciar la pasividad de los filósofos del pasado en la 11ª tesis, Engels vagando por el Manchester industrial como también harán Weber y Simmel por el Berlín de comienzos de siglo XX, Durkheim cuando reflexiona sobre la funcionalidad social de las crisis anómicas, incluso Ortega y Gasset cuando formula la famosísima frase «Yo soy yo y mis circunstancias; si no las salvo a ella, no me salvo yo», están reconociendo la misma realidad: el problema moral del buen vivir y el problema de la sociedad (cómo ordenar la sociedad) son uno y el mismo problema, dos enfoques para la resolución de la dialéctica individuo-sociedad.

Por otro lado, la Sociología se consolida como ciencia autónoma durante el siglo XIX con el objeto de analizar el problema de la vida en las todavía emergentes grandes ciudades modernas, resultado de los procesos de industrialización, urbanización y masificación: ¿Cómo hacemos, en una época que sufre los estragos de las revoluciones sociales y políticas, en unas sociedades recientemente secularizadas, para dirimir la dialéctica entre el individuo y la sociedad? Junto a la Sociología, y al efecto de responder a los mismos problemas pero desde una perspectiva práctica, surge el Urbanismo.

La anterior es la primera tesis sobre la que se levanta este proyecto. La segunda, que se puede deducir de aquélla, se expresa así: la vida en la gran ciudad del siglo XIX constituye un nuevo contexto de socialización que amenaza el objetivo moral del buen vivir. Máxime cuando, en las últimas décadas del siglo pasado, los proyectos de planeamiento urbano se han emprendido desde un pensamiento neoliberal hegemónico prácticamente hasta el día de hoy, que dispone del territorio urbano como si de una mercancía se tratase.

Es la urgencia de dar respuesta a problemas en último término morales, como los problemas de segregación social, de hacinamiento o de salud pública, la que estimula la aparición del Urbanismo en la obra del urbanista español Idelfonso Cerdá (quien constató que modificando la morfología de la ciudad se pueden mejorar las condiciones de vida de las personas y se puede transformar también su mentalidad, de manera muy similar a como lo detectó Platón). El Urbanismo nace para «proyectar en forma que sean satisfechas todas las premisas que garanticen la vida digna de los hombres y la eficacia de la gran empresa que constituye una ciudad» (Bidagor, 1962: 58), con el objetivo de darles a las grandes ciudades modernas una

fisionomía tal que haga posible, en ellas, la creación de lazos comunitarios (Ledrut, 1976: 7).

Aceptadas la de la relación entre el pensamiento moral y la vida en sociedad y la de la situación crítica que para su correcta ejecución plantea la vida en las grandes ciudades modernas, en este trabajo se realiza una reflexión moral sobre la vida urbana. Se reflexiona sobre los problemas morales que entraña la vida en los entornos urbanos y se postulan algunos principios para el desarrollo de una conciencia moral urbana que haga posible la conjunción del buen vivir con el buen convivir.

Dificultades urbanas para el buen vivir

Sin ánimo de incurrir en un «sociologismo» o «urbanicismo», vamos a resumir el conjunto de problemas reunidos bajo el rótulo «problema urbano» en problemas sociológicos y urbanísticos. De este modo, enfatizamos la condición que en nuestro proyecto asumen la Sociología y el Urbanismo como vanguardia de la dimensión teórico-práctica, respectivamente.

Por supuesto, no negamos la importancia de los problemas económicos como la especulación inmobiliaria, jurídicos como la laxitud de las normativas y ordenanzas urbanísticas (Jiménez Schlegl, 2018), arquitectónicos como la proliferación de la «arquitectura del capitalismo» con edificios funcionales destinados a la administración burocrática de las poblaciones, o importantísimos problemas ecológicos (que no son sino problemas morales, de Ética ambiental) como la contaminación atmosférica o la acumulación de residuos. Sin infravalorar estos problemas, que son muy graves y que no negamos (hasta el punto de que la configuración interdisciplinar del proyecto responde a la naturaleza interdisciplinar de estos problemas), nos vamos a centrar en los problemas sociológicos y urbanísticos porque es desde éstos desde donde, a mi juicio, se puede explicar la interrelación que existe entre todos los grupos de problemas tratados, y otros muchos más.

La ciudad es un sistema complejo compuesto de una serie de *estromas* muy diversos, cada uno de los cuales tiene capacidad suficiente para influir sobre los demás al modo del conocido «efecto mariposa»: la pérdida de suelo natural está en parte motivada por ordenanzas reguladoras con letra pequeña o sobre las que se aplican modificaciones puntuales según los intereses económicos y/o electorales de determinados grupos políticos en el poder (lo cual nos pone sobre la pista de otro tipo de problemas, de carácter político), y genera enfermedades y trastornos en la población.

La naturaleza interdisciplinar de la etiología y profilaxis del problema urbano encuentra en la Ética su base sistemática; en tomar como núcleo de la investigación a la persona en su doble condición de individuo (dignidad) y ciudadano (socialización). De ahí que la aplicación práctica de nuestro proyecto (emprendida desde una Política urbana municipal en coordinación con la Arquitectura y el Derecho) requiera de una fundamentación filosófico moral. Los problemas morales de la vida en los nuevos entornos urbanos han de ser estudiados desde una perspectiva de conjunto (a aplicar también en los procesos de planificación ulteriores), en la que participen la Ecología, la Arquitectura, la Geología, la Psicología, la Medicina, la Epidemiología, la Política, la Sociología, el Urbanismo, el Derecho, la Ingeniería civil, etc.; de manera que cualquiera de estas disciplinas que pretenda asumir para sí toda la competencia en el asunto no logrará sino agravar los problemas que se pretenden solucionar.

Esta colaboración inter-disciplinar no puede partir desde cero. Debe partir de la delimitación de una serie de problemas que podamos definir como «problemas urbanos» *sensu stricto*, o «problemas morales del entorno urbano». La resolución inter-disciplinar de los problemas morales que tienen lugar en los nuevos entornos urbanos, que resumiremos como el «problema del buen vivir en las grandes ciudades», nos obliga a poner a la Ética de la vida urbana en el centro mismo de esa colaboración. Es tomando como base una Ética de la vida urbana, consistente en un conjunto de problemas, principios y virtudes extraídos de la tradición filosófica, como el Urbanismo, la Arquitectura, la Medicina, el Derecho, etc. pueden contribuir, conjuntamente, al desarrollo de programas de planificación urbana tendentes a la solución de los problemas morales del entorno urbano.

Sucede además que problemas que aparentemente no son morales tienen también importantes implicaciones en la vida de los individuos y los grupos en las grandes ciudades. Por ejemplo, problemas relacionados con el aprovechamiento de los recursos naturales, con el abastecimiento de agua potable⁴, el acceso a Internet en las zonas rurales⁵, el alumbrado público (indisociable analíticamente del problema de la criminalidad en las ciudades), etc.

⁴ Problemas de este tipo, que podríamos caracterizar como «ético-ecológicos», son especialmente preocupantes a escala planetaria si los observamos desde la dialéctica países ricos-países pobres. Según la OMS, en el año 2020 dos mil millones de personas no disponen de servicios básicos de agua potable en todo el mundo.

⁵ Problema muy actual y de especial importancia a tenor de las virtualidades sociológicas, perfectamente evidentes durante los meses de pandemia, de las tecnologías digitales; la posibilidad de acceso a redes wifi tiene un carácter estrictamente moral, puesto que es

¿Por qué la vida en los entornos urbanos o en las grandes ciudades modernas se ha complicado, hasta el punto de dificultad la con-vivencia necesaria para un buen vivir, para una vida digna y feliz? A juicio de Simmel (1904), la vida urbana ha perdido el sentido comunitario del con-vivir, arrogándose de manera despiadada e impersonal («tragedia de la cultura») a la eficacísima frialdad de las relaciones sociales, regidas por el interés egoísta y posibles gracias a un proceso de «intelectualización de la vida social». El problema moral de la vida urbana no es otro, pues, que la ausencia de *comunidad* en la *sociedad*, y la consiguiente urgencia de su introducción.

En las grandes ciudades modernas, explica Simmel, los individuos ya ni se miran cuando se cruzan por las calles. Hay demasiado en lo que centrarse, y hay también demasiado que perder. No se puede llegar tarde a ningún sitio; los segundos, los minutos y las horas son martillos que golpean silenciosamente a los y las urbanitas, por mucho que las tecnologías de la comunicación hayan recortado tiempos y espacios. Las grandes ciudades modernas son demasiado grandes, y lo que es más importante, hay en ellas demasiados detalles como para centrar la atención en alguno de ellos. No se puede, no se puede: en el camino de casa al trabajo me cruzo con decenas o incluso cientos de personas que tengo que esquivar para no entorpecer el tráfico (caótico, pero coordinado); si me descuido, un coche está a punto de atropellarme, pero es que al otro lado de la calle un par de jóvenes discuten acaloradamente. En las fachadas de los edificios hay grandes escaparates donde se venden artículos de lo más variado, pero no puedo detenerme a observarlos. Hay vagabundos que piden limosna en cada esquina a los que nadie mira, músicos excelentes a los que nadie escucha. Alguien podría morir de un infarto en pleno Times Square sin que nadie a su alrededor le atendiese. Todo funciona demasiado rápido, no hay tiempo de detenerse, no hay tiempo de hacer un alto en el camino, a pesar de que todos y todas lo necesitamos.

Si no podemos tomarnos ese merecido descanso (cognitivo, emocional y sensorial), pero algo tenemos que hacer para apaliar los problemas asociados a esta hiperestimulación a la que nos someten los entornos urbanos (neurastenia, psicosis, estrés, ansiedad, esquizofrenia), nos vemos obligados a desarrollar una serie de mecanismos de defensa. Nos creamos, como explica Sennett, una máscara (2019, 75), una serie de disposiciones anímicas para la socialización basadas en el principio económico (la ciudad como «sede de la economía monetaria») de cuantificar lo cualitativamente diferente, de reducir la gama cromática de los entornos urbanos al gris anodino e impersonal del interés económico: son muchos estímulos y no

una medida adecuada para combatir la soledad, el individualismo y la sensación de desarraigo de los individuos.

podemos reaccionar a todos ellos; hay que limitar el número y la intensidad de las reacciones, incluidas por supuesto las afectivas (sociológicas y morales).

Si, la ciudad nos hace libres porque nos ofrece muchas más posibilidades de trabajo, de ocio y de vida, pero de todas esas posibilidades las hay perjudiciales y beneficiosas, tanto para nosotros y nosotras mismas como para los y las que nos rodean. Cabe la posibilidad de encontrar un buen trabajo, pero también de vivir precariamente pagando un altísimo precio por el alquiler de una vivienda de diez metros cuadrados. Podemos alcanzar el éxito social o económico, o arruinarnos y terminar viviendo en la calle como la legión de fantasmas de carne y hueso que se hacinan bajo los puentes o en las estaciones de metro mientras el resto de la ciudad mira hacia otro lado.

Este tipo de problemas, que siguiendo de nuevo a Simmel podemos categorizar como síntomas de la «intelectualización de la vida», son problemas de carácter estrictamente moral en la medida en que insensibilizan a la población. La indiferencia es necesaria para evitar la sobre-estimulación arriba mencionada; tenemos que reducir lo cualitativo a lo cuantitativo, porque de este modo podemos manejar mucho mejor la complejidad del mundo que nos rodea. Esta indiferencia encuentra en el dinero el patrón de medida idóneo: cuando miro a los otros veo funciones sociales que pueden o no contribuir a la satisfacción de mis intereses, cuando no veo en ellos directamente mercancías, valores de cambio. En la ciudad impera la insensibilidad hacia el paisaje y hacia los otros; nos movemos tan rápido entre la muchedumbre, los automóviles, los escaparates y los grandes carteles publicitarios (recientemente sustituidos por grandísimas pantallas digitales que reproducen instantáneamente canales de televisión de todo el mundo) que somos incapaces de percibir los detalles, los encantos; los cruces de miradas ya no son, como pensaba Simmel, micro-formas de socialización (Sennett, 2019: 52).

Pero Simmel pensaba, como también después Park, que aunque los vínculos sociales fundados en el puro interés económico hayan anulado los vínculos comunitarios basados en el afecto, la atención y el reconocimiento, la reinserción de la comunidad solidaria es posible:

En las metrópolis de Simmel y Park no sólo es posible visualizar individuos atomizados e interacciones despersonalizadas, fugaces, contingentes, distantes, anónimas, contractuales, instrumentales. También entran en escena múltiples «grupos intermedios» más o menos sólidos, cohesionados, vehiculizados por intereses corporativos o afectos y lealtades grupales (Tortorola, 2012: 111).

El problema consiste en cómo generalizar este tipo de relación social sentimental, con el objetivo de atenuar el paulatino pero imparable crecimiento de las relaciones

intelectualizadas, racionalizadas o instrumentalizadas. Cómo consolidar y desarrollar los espacios cívicos para la discusión democrática sobre el porvenir de la vida en común. Espacios comunitarios desde donde combatir, fomentando la movilización ciudadana y llamando a la cooperación vecinal, los tan graves problemas de segregación social que hoy día tienen lugar en las principales ciudades del mundo, conducentes a una situación de *apartheid* como la vivida en el siglo pasado.

No hay vida buena sin comunidad, defendemos aristotélicamente. Tampoco hay vida buena en ambientes hostiles, peligrosos, inseguros. Si no podemos salir a la calle a ciertas horas de la noche por miedo a que nos asalten, roben, agredan o violen, nuestra vida no goza del grado de libertad necesario para hablar de autonomía y dignidad moral. Por eso, los problemas de seguridad, delincuencia y criminalidad de los espacios urbanos son problemas sociológicos de importantísimas implicaciones morales.

No la hay tampoco sin una buena salud, desde luego. Salud, aquí, en el sentido de la «salud pública», es decir, la salud de la comunidad («comunidad sana») y la salud de las personas («vida sana»). En 1904 Simmel sugirió, como constatación de las vivencias de un pensador *atento* en el nuevo contexto urbano que se inauguraba a comienzos de siglo, que la estructura morfológica de los entornos urbanos puede transformar peligrosamente la mentalidad (psique, espíritu, vida anímica)⁶ de los individuos. También Durkheim habla sobre la sinergia psicológico-sociológica al analizar las causas sociológicas de los suicidios en *Le Suicide: Étude de sociologie* de 1897. Lo mismo hacen Faris y Dunham en 1930 desde la teoría ecológica de la escuela de Chicago, August Hollingshead y Fredrick Redlich (*Social class and mental illness*, 1958), o Roger Bastide (*Sociologie des maladies mentales*, 1965).

Desde la década de los setenta hasta hoy se ha producido una extensísima bibliografía de investigaciones psicológicas, psiquiátricas y epidemiológico-psiquiátricas que analizan el problema de la sinergia *urbanicidad*-esquizofrenia o trastornos mentales en general (estrés, depresión, psicosis, neurastenia, etc.). En líneas muy generales⁷ se constata que efectivamente los individuos que habitan en las grandes

⁶ El término *Geist*, aunque significa «espíritu» según la tradición idealista de Simmel es deudor, se puede traducir como «mentalidad» o «vida psíquica». Aquí lo interpretamos «vida mental» o «salud mental».

⁷ Creo adecuado tomar como muestra los estudios realizados por los grupos de investigación dirigidos por el profesor Jim van Os: «Do Urbanicity and Familial Liability Coparticipate in Causing Psychosis?» (2003), «Does the urban environment cause psychosis?»

ciudades tienen un mayor riesgo de padecer trastornos mentales que los que habitan en las «zonas rurales» (con menor densidad de población y extensión espacial, más interacciones y mayor contacto personal).

Existen, pues, ciertos factores morfológicos⁸ que caracterizan a las grandes ciudades modernas (el tamaño espacial, la densidad demográfica, la rapidez e intensidad de los estímulos, los modos de vida instaurados por la burocratización de las instituciones sociales y laborales, la falta de seguridad familiar y/o grupal, etc.) que podemos interpretar como factores de riesgo de desarrollo de trastornos mentales: «Las tasas de diagnóstico de trastornos por ansiedad, depresión clínica y esquizofrenia son más elevadas entre quienes habitan en ciudades que entre quienes residen en zonas rurales» (Ellard, 2016, 147). Y lo que es más importante, estos estudios evidencian que las «redes sociales», los «lazos sociales» o los vínculos comunitarios son un factor de resistencia y contención contra enfermedades y trastornos. Por otro lado, la muy reciente experiencia de confinamiento vivida recientemente nos ha puesto sobre la pista de un fenómeno sociológico de importantísimas implicaciones morales: las personas de la tercera edad corren un alto riesgo de soledad y aislamiento. Este problema se ha acrecentado en los últimos siglos con los procesos de transformación de las instituciones familiares, por ejemplo la pérdida de funciones sociales y comunitarias, la disminución de sus integrantes, la rápida emancipación de los hijos e hijas, y la reducción de la convivencia intergeneracional dentro de la propia familia.

No olvidemos los problemas de obesidad y diabetes relacionados con la adopción de un estilo de vida sedentario absolutamente perjudicial para la salud (que podría resolverse a través de planes urbanísticos que fomenten el uso de transporte público o los viajes a pie por la ciudad). Lo cual quiere decir, aplicado al ámbito moral en el que nos encontramos, perjudicial para el bienestar humano. La inclusión de

(2004), «Confirmation of Synergy Between Urbanicity and Familial Liability in the Causation of Psychosis» (2004), «Evidence that the outcome of developmental expression of psychosis is worse for adolescents growing up in an urban environment» (2006).

⁸ No debemos olvidar la influencia de los factores estructurales (fachadas, edificios, localizaciones, parques, etc.) sobre la salud mental de los ciudadanos y ciudadanas. De esta influencia colige Colin Ellard la necesidad, que suscribimos totalmente, de crear planes de urbanización y arquitectura atractivos, que contribuyan a la felicidad y curiosidad de la población; el aburrimiento genera estrés, y el estrés genera diabetes, apoplejías y cardiopatías (2016: 128, 137-139, 143). El ruido, los riesgos cotidianos (atropellos, asaltos, tráfico, etc.) y el miedo a los desconocidos son otros factores a tener en cuenta.

las enfermedades cardiovasculares entre los problemas sociológicos y lo psicosomáticos⁹ se justifica con la tesis de la comunidad como garantía para una buena salud pública sugerida por Steward Wolf en su investigación sobre la población estadounidense de Roseto (*The Power of Clan*, 1993): los cambios en las costumbres, los usos y las instituciones sociales producen cambios en los hábitos de vida, que ulteriormente producen cambios en el estado de salud integral de los individuos. Asimismo, las desigualdades sociales o socioeconómicas también pueden ser una causa explicativa de la proliferación de enfermedades cardiovasculares en determinados sectores de la población.

En definitiva, y esta idea es importante para lo que concluyamos en el siguiente apartado, los lazos sociales, lo que definiremos sintéticamente como *comunidad* al estilo de Tönnies, es factor de contención, si no de protección, contra las enfermedades mentales y cardiovasculares en general. Lo que no quita para que realicemos la debida crítica a las políticas de privatización de la sanidad pública, que tanta polémica están generando en los últimos meses a colación del «problema de la salud mental». Por no hablar de otro tipo de problemas sanitarios de escala planetaria como las epidemias, las plagas o la contaminación atmosférica.

La reivindicación de la comunidad en la sociedad es también, de acuerdo con algunos autores, la reivindicación de la «vuelta a la tierra», del viraje de la mirada urbana hacia la naturaleza. Dicho de otro modo: nuestra intención no puede ser solamente la de devolverle a los entornos urbanos una dimensión humana. La dimensión humana es hoy, en el contexto de la globalización realmente existente, una dimensión ecológica: «[...] la ciudad es, sobre todo, la organización humana que procesa más recursos y metaboliza más residuos. Deben considerarse los requerimientos del medioambiente al mismo nivel de importancia que las necesidades humanas» (Canadell y Vicens, 2010: 121). Si bien es cierto que no hay vida digna sin un hogar digno, lo cual toca directamente con las implicaciones morales de los problemas económicos de prevaricación, especulación y corrupción política, no menos cierto es que nuestro hogar, el hogar del ser humano en el siglo XXI, es el planeta tierra en su totalidad.

⁹ Esto no significa que reduzcamos estos problemas a la categoría sociológica. Es importante enfatizar el carácter interdisciplinar de los problemas que analizamos. Asimismo, hay que constatar el binomio que el Urbanismo como disciplina científica mantiene con la salud pública: «[El Urbanismo] tiene en gran parte su origen en las iniciativas que se sucedieron en el campo de la salud pública a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX [...]» (García-González *et al*, 2022: 60).

Estos solamente son algunos de los problemas que agrupamos dentro del «problema urbano». El proyecto que inauguramos con este artículo deberá analizar cada grupo de problemas enfatizando debidamente las confluencias interdisciplinarias en las que se mueven o producen, de acuerdo con el paradigma del pensamiento complejo. Aquí nos hemos centrado en los problemas más inmediatamente morales. Podríamos haber valorado también, por ejemplo, la posibilidad de una Ética para la vida urbana en una sociedad diseñada por un proyecto arquitectónico-urbanístico que prima lo privado sobre lo público, o de una conciencia moral y cívica en la ciudadanía en una sociedad individualista y un sistema político privatizador. Por el momento, sirva el análisis anterior para justificar la necesidad de promocionar nuevas virtudes morales desde el enfoque inter-disciplinar y la disposición a la transformación práctica colaborativa¹⁰.

Elogio de la vida *sencilla*

Al efecto de resolver los problemas mencionados anteriormente desde la «dimensión moral» o «dimensión humana» de las ciudades o los entornos urbanos, lo que Senne-
t llama *citó* en oposición a la *ville*, esto es, al efecto de resolver los problemas anteriores desde el *hacer* y no desde el *producir*¹¹, se propone una   tica de la vida urbana basada en principios para una «vida *sencilla*».

Por «sencilla» no debe entenderse «austera» al estilo de una moral monacal, ni tampoco «indiferente» al estilo de la moral estoica (*τὰ ἀδιάφορα*). La   tica de la sencillez para la vida urbana parte de la tesis de acuerdo con la cual para el restablecimiento de los lazos comunitarios que, según hemos visto, podrían ser la solución a muchos de los problemas urbanos actuales, se requiere de calma, detenimiento, serenidad. Si en los entornos urbanos modernos las relaciones sociales «calculan con las personas como se calcula con números, como si fueran en sí mismos elementos indiferentes» (Simmel, 1978: 13), esto es, si las relaciones sociales se ejecutan desde un pensamiento instrumental o calculador («racionalidad instrumental»), necesitamos de todo aquello que contribuya al despliegue de un nuevo pensamiento meditativo para el cual es absolutamente necesario romper por la vorágine de fluidez,

¹⁰ Es obligado que en este punto manifestemos las limitaciones que cualquier proyecto moral encuentra en la «política realmente existente» o los políticos realmente existentes.

¹¹ La tarea de diseño de la «dimensión física» de los entornos urbanos es la que se configura en la parte práctica del proyecto, donde aparecen involucradas disciplinas como el Urbanismo, la Arquitectura, la Geografía, la Ecología...

rapidez, novedad y ruido que impera en los grandes entornos urbanos: «El pensamiento calculador no se detiene nunca, no se para a reflexionar, no es un pensamiento que medite sobre el sentido que impera en todo cuanto existe» (Heidegger, 1994: 23).

Se propone, por consiguiente, una Ética para la vida urbana que estimule entre los ciudadanos y ciudadanas los ideales de la «vida sencilla» contra el tempo de vida frenético e impersonalizado que imponen las instituciones rectoras de la vida urbana moderna¹². Debemos parar el actual ritmo de consumo, de producción, de vida. Debemos darle una pausa a nuestro día a día. Pero, por encima de todo, debemos restaurar el compromiso social y la responsabilidad cívica de los ciudadanos y las ciudadanas en los contextos urbanos modernos.

No se niega, en absoluto, la importancia del diseño para la transformación del modo de vida de la ciudadanía¹³. Pero hay que reconocer que muchas veces es la dimensión humana o moral del entorno urbano la que a pesar de ciertos planes y programas de planificación *anómicos* consigue transformar los espacios en hábitats para la con-vivencia y la vida digna. La relación entre la *cit  * y la *ville*, contra Jacobs y también contra Mumford (Sennett, 2019: 13), es una dialéctica total: lo mismo aporta la *cit  * a la *ville* (socialización de los espacios) como la *ville* a la *cit  * (espacios para la socialización).

Los valores morales fundamentales para la   tica de la vida urbana son valores relacionados con el tipo ideal de la comunidad, contra las dinámicas individualistas, atomizadoras y egoístas realmente existentes en la vida social urbana. Valores como los que Carol Gilligan propuso para su   tica del cuidado: atención, comprensión, cuidado, responsabilidad (y co-responsabilidad) y justicia (como equidad y reparación). Valores que, a mi juicio, son también los valores para una vida realmente democrática, una vida de compromiso cívico y participación ciudadana con

¹² La vida moderna, explica Simmel, es la vida urbana. La vida en la ciudad, «sede de la división del trabajo» y «sede de la economía monetaria». Son precisamente la división del trabajo en conjunción con la economía capitalista de mercado los procesos que configuran esas instituciones laborales, sociales, económicas y contractuales que marcan el tempo de la vida moderna (1978), (2010).

¹³ Las experiencias narradas sobre la influencia del contexto político en la sistematización de los saberes filosóficos o científicos nos permite deducir un principio fundamental para la práctica que nos proponemos: para comprender una ciudad hay que vivirla; el urbanista necesita del urbanita (Sennett, 2019, 28). Un diseño urbanístico colaborativo, abierto, dinámico, basado en la participación ciudadana y no tanto en la especialidad técnica o científica.

la que conseguiremos que el diseño urbanístico co-participativo no sea un acontecimiento puntual sino una realidad dinámica con la que transformar día tras día los entornos urbanos (esta transformación participativa es posible, a día de hoy, gracias a la introducción de las nuevas tecnologías digitales).

Habitar no es estar sino ser en un espacio que reconozco como propio, mi circunstancia, lo otro de mí que me define. El problema es que el conjunto de circunstancias que configuran lo otro de mí se compone de realidades muy heterogéneas, cuyo estudio requiere complejidad y una colaboración interdisciplinar coordinada desde una Filosofía moral. Así, mi habitar será *auténtico* si logro la plena adecuación de mi *yo* con mis circunstancias; si me cuido de ellas, porque no me salvo sin salvarlas a ellas. El cuidado se resuelve como la primera virtud moral para la vida urbana.

Pero, ¿cuidarme de qué? A juicio de Ortega (*El hombre y la gente*, tomo VIII), en mi circunstancia podemos distinguir una «otredad física» de la que derivamos un cuidado hacia las cosas que me rodean, de una «otredad antropológica» cuya atención se centra fundamentalmente en el problema de la gestión de la diversidad (la diversidad, decía Aristóteles, es la situación urbana por antonomasia que insta al desarrollo de una vida virtuosa: es necesario entenderse con el diferente). Y hay además una «otredad ecológica» que según hemos explicado arriba tiende a disolverse en la «otredad antropológica» conforme se extiende el círculo de reconocimiento moral a los ecosistemas naturales.

El cuidado o la atención a los otros diferentes de mí pero que me completan se puede articular a mi juicio en las que según Gustavo Bueno son las dos virtudes más importantes de la Ética y de la Moral, respectivamente: firmeza y generosidad. La firmeza es el deseo de conservación de la vida, que diría Hobbes, o el *conatus* del que hablara Spinoza. Es el impulso, deseo, convicción o valor que propicia actitudes, conductas, acciones y comportamientos tendentes a garantizar la supervivencia del yo. Es firme quien reconoce imperturbable pero no desesperado que existen ciertas realidades contra las que nada podemos hacer («asuntos indiferentes», en el pensamiento moral estoico). Quien no se rinde. Quien lucha porque reconoce que siempre hay algo por lo que luchar: la propia vida. Y la generosidad es la contrapartida moral de la firmeza: el deseo de supervivencia del ser de los otros. La virtud de la generosidad *socializa* la firmeza, hace de ella una verdadera *virtud* (y también una virtud *verdadera*).

Conclusiones

Decíamos siguiendo a Ortega que mis circunstancias (en este caso las circunstancias urbanas) son lo otro de mí, y que para salvarle he de hacerme cargo de ellas. Cuando se produce una quiebra entre mi yo y mis circunstancias, suscitada por ejemplo por el alejamiento forzado de mi familia y amigos, por condiciones inadecuadas de vivienda, por la pobreza circundante, la contaminación de las aguas, etc., acontece la angustia, es decir, la depresión, la psicosis, el estrés: la *enfermedad*.

Para que la práctica del cuidado nos libre de la enfermedad, o dicho de otro modo, para vivir bien, *auténticamente*, necesitamos serenidad, reposo, sosiego. Hay que hacer un alto en el camino. Sólo la reflexión serena del pensamiento meditativo nos permite reconocer en el otro un tú, y a partir de este reconocimiento comprender el yo como la necesaria articulación del ego con su circunstancia. Moverse por la ciudad como autómatas nos impide tal reconocimiento, lo mismo que el pensamiento calculador y la socialización instrumental. Ahora en plural, la reflexión serena transforma la dialéctica otro-yo o tú-yo en la unidad compleja del *nosotros* (irremediablemente amenazada por otros *nosotros*). El nosotros es el verdadero agente urbano con poder político, el sujeto de la dimensión humana del espacio urbano con capacidad para exigir su contribución activa en el diseño democrático de la dimensión física.

Con el objetivo de modificar los estilos de vida y las formas de relación social y política de la ciudadanía, este proyecto de Ética para la vida urbana se propone transformar los entornos urbanos actuales, donde acontecen los problemas apuntados y otros muchos, a efecto de convertirlos en el auténtico *êthos* para la vida buena y digna de seres humanos capaces de reconocerse a sí mismos como ciudadanos comprometidos y aplicados a la tarea de crear un mundo mejor para todos y todas. Necesitamos de espacios públicos donde discutir, como se discutía en el *ágora* griego, qué tipo de sociedad queremos ser y qué tipo de ciudad hay que planificar para alcanzar esa sociedad ideal.

El «derecho a la ciudad» defendido por Lefebvre requiere de un proyecto de Ética para la vida urbana que por un lado estimule nuevas virtudes y nuevos sentimientos de socialización, y por el otro coordine la participación interdisciplinar para la creación de programas de transformación de los espacios urbanos.

Bibliografía:

- ARISTÓTELES (1988). *Política*. Madrid, Gredos.
- BIDAGOR, P. (1962). «Discurso de apertura». En *Actas del Primer Congreso Nacional de Urbanismo*, Madrid: Ministerio de la Vivienda, pp. 57-64.
- BUENO, G. (1995). «Sobre la Idea de Dialéctica y sus figuras», *El Basilisco*, 19, pp. 41-50.
- BUENO, G. (1996). *El sentido de la vida*, Oviedo: Pentalfa.
- CANADELL, Á. y VICENS, J. (2010). *Habitar la ciudad*, Madrid: Miraguano.
- CHOAY, F. (2004). «El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad». En Martín Ramos, A. (ed.). *Lo urbano*, Barcelona: Escuela Técnica Superior de Arquitectura, pp. 61-72.
- ELLARD, C. (2016). *Psicogeografía*, Barcelona: Ariel.
- FARIS, R. y DUNHAM, H. (1939). *Mental disorders in urban areas: an ecological study of schizophrenia and other psychoses*, Chicago: University of Chicago Press.
- GARCÍA-GONZÁLEZ, M.C. et al, (2022), «Prevención en salud desde el diseño del espacio público. El proyecto URB_HealthS como experiencia de transferencia de conocimiento», *Ciudades*, 25, pp. 59-78.
- GILLIGAN, C. (1985). *La moral y la teoría: Psicología del desarrollo femenino*, México: FCE.
- HEIDEGGER, M. (1994). *Serenidad*, Bogotá: Universidad Nacional de Bogotá.
- JIMÉNEZ SCHLEGL, D. (2018). «El derecho a la ciudad. Unas reflexiones sobre “ética urbana”», *Crítica urbana*, 1, pp. 6-9.
- LEFEBVRE, H. (2017). *El derecho a la ciudad*, Madrid: Capitán Swing.
- ORTEGA Y GASSET, L. (2010). *Obras completas*, Madrid: Taurus.
- PARK, R., (1967). *La ciudad*, Barcelona: Ediciones del Serbal.
- ROGER CIURANA, E. (1997). *Edgar Morin: introducción al pensamiento complejo*, Valladolid: Universidad de Valladolid.
- SENNETT, R. (2019). *Construir y habitar. Ética para la ciudad*, Barcelona: Anagrama.
- SIMMEL, G. (1978). «Las grandes ciudades y la vida intelectual». En Gutiérrez Girardot, R. (ed.), *Discusión II. Teorías sobre los sistemas sociales*, Barcelona: Barral, pp. 12-25.

- SIMMEL, G. (2010). «El significado del dinero para el tempo de la vida». En: Sánchez Capdequí, C. (comp.). *Cultura líquida y dinero. Fragmentos simmelianos de la modernidad*, Barcelona: Anthropos, pp. 44-61.
- SOJA, E. (2004). «Seis discursos sobre la postmetrópolis». En Martín Ramos, A. (ed.). *Lo urbano*, Barcelona: Escuela Técnica Superior de Arquitectura, pp. 91-98.
- TÖNNIES, F. (2009). *Comunidad y asociación*, Granada: Comares.
- TORTEROLA, E. «Lazo social y metrópolis. La comunidad en los orígenes de la sociología urbana: Georg Simmel y Robert E. Park». En Marinis de, P. (coord.). *Comunidad: estudios de teoría sociológica*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 109-140.
- URIBE LÓPEZ, I.R. (2011). «Ética urbana. La construcción de un êthos ciudadano», *Escritos*, 19, pp. 123-142.